

2018

## Review of Antonio Feros, *Speaking of Spain. The Evolution of Race and Nation in the Hispanic World*

José Álvarez Junco  
jajunco@gmail.com

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.asphs.net/bsphs>

---

### Recommended Citation

Álvarez Junco, José (2018) "Review of Antonio Feros, *Speaking of Spain. The Evolution of Race and Nation in the Hispanic World*," *Bulletin for Spanish and Portuguese Historical Studies*: Vol. 43 : Iss. 1 , Article 19.

<https://doi.org/10.26431/0739-182X.1303>

Available at: <https://digitalcommons.asphs.net/bsphs/vol43/iss1/19>

This Book Review is brought to you for free and open access by Association for Spanish and Portuguese Historical Studies. It has been accepted for inclusion in *Bulletin for Spanish and Portuguese Historical Studies* by an authorized editor of Association for Spanish and Portuguese Historical Studies. For more information, please contact [jesus@udel.edu](mailto:jesus@udel.edu).

**Feros, Antonio. *Speaking of Spain. The Evolution of Race and Nation in the Hispanic World*. Cambridge: Harvard University Press, 2017. 384 pp. + 5 maps.**

El tema de este libro de Antonio Feros, según anuncia en su introducción, es la autopercepción de los españoles. Lo cual plantea problemas de sensibilidad histórica, porque parece dar por supuesta la existencia de los españoles a través de los tiempos. Y el territorio al que hoy llamamos España (que no es lo mismo, desde luego, que Hispania, porque esta incluía a la actual Portugal) no ha sido sede de un grupo humano único y constante, sino escenario durante milenios de una tormentosa sucesión de invasiones, mezclas étnicas y fragmentación política. Hasta finales del siglo XV, donde inicia este libro su recorrido, la Península estuvo dividida como mínimo en cinco reinos, aparte de dar cobijo a tres religiones. Sólo a partir de entonces se unieron las coronas y casi a la vez fueron expulsados los no cristianos. Con una monarquía y una religión únicas se pudo por fin empezar a hablar de “españoles”.

Ese fue justamente el debate entre los siglos XVI y XVIII, al que Feros dedica un tercio de su obra. ¿Produjo aquella unión realmente un sentimiento de comunidad “española” o siguieron dominando las identidades políticas y religiosas previas?

En términos generales, sostiene este autor, creo que acertadamente, entre 1500 y 1800 nació y fue creciendo un sentimiento de identidad común. Un sentimiento apoyado por elaboraciones intelectuales, como la historia de Juan de Mariana, explícitamente titulada de España, que partían de mitos bíblicos, como Babel y Túbal, y de las excelsas cualidades del territorio cantadas por los laudes Hispaniae, para pasar a narrar las sucesivas invasiones y la resistencia frente a ellas, generadoras de una forma de ser colectiva, marcada por la frugalidad y el sentido del honor. La referencia a los visigodos certificaba la antigüedad del reino, aunque también podían inventarse reyes legendarios anteriores a Cristo.

Como Feros observa, esa identidad global en construcción se enfrentaba con múltiples problemas: el primero, y menos complicado, la distinción entre “España” y los territorios “españoles”, o dominados por la monarquía de los Habsburgo, llamada por los demás española aunque no fuera ese su título oficial. El segundo, que atrae más nuestra atención actual, la innegable castellanización de la monarquía y el malestar de los restantes reinos peninsulares. El tercero, el más amenazador según criterios de la época, la integración de las “castas” de conversos y moriscos, descendientes de las minorías judía y musulmana convertidas en teoría al cristianismo; aunque este último problema era de origen religioso, pasó a ser puramente racial al centrarse en su sangre “impura” (lo cual, según Feros, no era aún racismo moderno). Y en cuarto y último lugar, el problema específico que planteaban los territorios americanos del imperio, comenzando por los criollos,

descendientes de españoles nacidos al otro lado del Atlántico, y culminando en los indios/mestizos y negros/mulatos.

El planteamiento es, como puede verse, complejo y apasionante. La principal objeción que le opondría es que el autor llama desde el primer momento “nacional” a esa identidad en construcción y sin embargo no define el concepto de nación. No hay duda de que se usaban en la época términos como “natio” o “nación”, pero su significado era distinto al actual. Porque se referían al conjunto de nacidos en un territorio y hablantes de una misma lengua; pero faltaban Rousseau y Herder para llegar a la nación moderna, grupo humano que, a partir de unos rasgos culturales comunes, se siente soberano del territorio en que habita.

Una segunda parte del libro se dedica al siglo XVIII. El autor comienza por calificar la época de “tremendamente compleja e inestable”, afirmación genérica que no justifica (p. 153; como tampoco su referencia a la excepcional brutalidad de la Guerra de Sucesión, 157). Pero sobre lo que explica a continuación hay acuerdo: hubo centralización administrativa y unificación legal (excepto en las provincias forales vasco-navarras, ojo; un vasco que lea este libro se sentirá postergado), las Reales Academias se propusieron como objetivo crear una lengua nacional y una historia nacional y estos esfuerzos estuvieron más impulsados por élites intelectuales, de Feijóo a Capmany, que por la monarquía, que mantuvo su retórica prenatal y su prolija titulación medieval.

Este plan resultó especialmente difícil de aplicar en América, donde las reformas borbónicas pretendieron controlar y explotar mejor las “colonias”, reforzar sus defensas, nombrar a peninsulares para sus altos cargos y convertirlas en un mercado cautivo para los productos españoles. Los criollos, los más perjudicados por este plan, lo recibieron con reticencias y, a su vez, fueron acusados de estar “contaminados” por mezclas raciales. Pero el mayor problema era la integración de los indios y negros en el discurso. Un discurso muy antiguo, de origen clerical, sobre indios infantiles e inocentes que requerían la protección de la corona, pero en el que entraban también elementos provenientes de la visión racial moderna, como las referencias a su indolencia y escaso intelecto. Se lanzaron, pese a todo, algunas políticas de promoción de mestizos y mulatos prominentes, a las se opusieron sobre todo los propios criollos. El discurso, en resumen, se fue haciendo cada vez más racial, aunque Feros insiste en que seguía sin ser todavía un racismo moderno. Vuelvo a echar en falta una definición más precisa de los conceptos de “raza” y de racismo “moderno”.

La última parte del libro está dedicada al siglo XIX. Este se inició con una crisis política a la que llama revolucionaria, y que quizás fue más bien un vacío de poder un tanto fortuito. Pero lo cierto es que culminó en una convocatoria de Cortes y la elaboración de una Constitución que intentó, sí, reinventar España como nación, con ideas nuevas envueltas en terminología antigua, a partir de una idealización de la monarquía medieval como un régimen limitado y participativo.

El problema crucial, en todo caso, como Feros señala, fue querer convertir un imperio de enorme diversidad racial y territorial en una nación moderna.

El libro concluye con una breve referencia a la actualidad. El independentismo catalán ha sacado a la luz los problemas irresueltos de la construcción nacional española. Algo ratificado, según Feros, por unas tensiones migratorias que creo exagera, porque no son comparables a los de otros países europeos. En la historia española, concluye Feros sensatamente, hubo menos convivencia pacífica y más desigualdad y discriminación racial de lo que suele aceptarse. Un replanteamiento de su historia en términos más críticos permitiría quizás a los españoles repensar su relación con sus “otros” (internos y externos) y resolver sus problemas presentes y futuros, tanto con el independentismo catalán como con la inmigración.

**José Álvarez Junco**